



Reflexiones del Presidente de Honor

Antonio Ávila Chuliá



MEMORIA Y ALGO DE HISTORIA

Quizás la más grande lección de la historia es que nadie aprendió las lecciones de la historia.

Aldous Huxley

Por esas cosas que tiene el devenir de la vida siempre hay algo de nuestro pasado que nos queda grabado de manera indeleble, esa impresión suele aflorar hacia el final de la existencia, ignoro si para bien o para mal. En mi caso, me gusta presenciar el desfile de las gentes sin obviar cuanto representa el devenir de los pueblos, su historia, cultura y tradiciones. Cada año intento contemplar la Procesión del Corpus Christi, la cual goza de gran predicamento en diferentes ciudades de España, en particular las de Toledo y Valencia, supremo ejemplo de una solemnidad que carece de fecha estricta para su celebración, la cual varía de acuerdo con el calendario lunar, por ello además de conmemorarse en distintos días su fiesta se suele permutar a domingo en algunas ciudades, cuando siempre se festejaba en el jueves siguiente al noveno domingo después de la primera luna llena de primavera del hemisferio norte.

Cogido de la mano de mi abuelo, republicano autonomista de pro, de buena mañana nuestros pasos se encaminaban hacia la ciudad, otras a los pueblos de los alrededores. Con los ojos bien abiertos, los sentidos alerta para embeber cuanto aquel buen hombre me contaba acerca de nuestra tierra...en Valencia, comentaba, la Procesión del Corpus fue instituida por el obispo Hugo de Fenollet, cuyo primer desfile se hizo el 4 de junio de 1355, con gran lujo, en el que participaron los gremios y parroquias en una etapa de enfrentamiento al poder nobiliario. De aquello solo ha llegado a nuestros días tres Misterios: el del Rey Herodes o de la Degolla (es una refundición de otros tres misterios anteriores), el de Adán y Eva (complejo y delicado) y el de San Cristóbal y los peregrinos (representado a pie. Una parte era hablada en valenciano y otra musical que ha variado). Se conservan ocho Rocas, restauradas en el año 1957 por muchos especialistas. La Custodia, que sale de la seo es el centro de esta Procesión, diseñada y materializada tras doce años de trabajo bajo la dirección del orfebre valenciano Francisco Pajarón Suay en 1942, con estilo barroco, pesa seiscientos kilos de plata y ocho de oro, además de perlas y piedras preciosas donadas por los valencianos, tras la desaparición de la custodia primitiva (1442-1456), y que a principios del siglo XIX se decidió componer la actual.

La fiesta del Corpus dura tres días. Los preparativos se inician en viernes y cada uno de ellos posee actos propios. Para mi tienen un valor pedagógico muy especial, narra pasajes bíblicos al tiempo que nos ofrece una serie de personajes, así La Degolla simboliza a la guardia de Herodes, cuya misión es ejecutar a los inocentes, cuyo origen fue una invitación que hacían los Jurados de la ciudad de Valencia, a través del Capellà de les Roques, a las autoridades y al pueblo para que asistiesen a la procesión de la tarde; las tradiciones locales a través de la música, La Danza de la Moma, la más representativa de todas las que participan en la Procesión, figura de la Virtud, una blanca dama coronada de flores vestida a la usanza valenciana, atrae la atención de los espectadores mientras combate con los Momos, los siete Pecados Capitales, los cuales, armados con bastones, intentan doblegarla con la astucia o con la fuerza... ochenta y cinco personajes recrearán el Antiguo y Nuevo

Testamento en la procesión que destacan por la vistosidad del vestuario, entre ellos los veintiséis reyes ancianos, conocidos como Los Ancianos, els Cirialots, vestidos con túnica blanca, barbas y pelucas del mismo color, cuyo origen se remonta a 1382. El cirial que portan pesa quince kilos y mide dos metros sesenta y cinco centímetros. Todo un espectáculo.



No debemos confundir memoria con historia, nos dice Pierre Nora, pues la evocación es afectiva, emotiva, franca a todos los cambios, inconsciente de sus asiduas mutaciones, indefensa a toda manipulación, capaz de permanecer oculta durante dilatados períodos e inopinados despertares, siempre un fenómeno colectivo. Al contrario, la historia es un armazón de continuo problemático e inconcluso de aquello que ha dejado de existir, pero cedió pistas. A partir de esos vestigios, verificados, trenzados, confrontados, el historiador procede a reconstruir lo que pudo pasar y, sobre todo, completar esos hechos en un conjunto aclarativo.

Como se sabe, la historia es una disciplina basada en hechos objetivos y razonamientos personales derivados de esos hechos. El riesgo de desentrañar vicisitudes históricas conduce a deducciones parciales e ideologías tanto de un lado como del otro. Hay quienes consideran sus explicaciones como indiscutibles acontecidos objetivos, suele decirse que “la historia es la que es”, sin detenerse a pensar que el historiador es parte del presente, pero lo investigado es el pasado; la historia sin lo sucedido, carece de raíces, cimientos, materiales sólidos. Lo ocurrido, sin el historiador, está extinto, vacío. A diario, leemos en los periódicos como un mismo caso es interpretado de manera muy distinta según la línea editorial seguida, lo cual nos lleva a cavilar si esto pasa hoy ¿qué publicarán sobre gestas, vidas o vicisitudes de hace años o siglos? Padecemos el síndrome de la memoria recuperada, cada uno la restaura del modo que más le conviene, hasta transformarla en una caza de brujas interesada.

Refería Unamuno que a los pueblos se les conoce mejor por sus leyendas que por sus crónicas, aunque a veces la historia está contaminada por los propios intereses de quienes la narran, pretender saber la verdad suele ser tarea harto difícil. Para concluir, no vendrá mal la enseñanza ofrecida por San Martín de Tours, soldado romano, el cual compadecido de un mendigo quiso ofrecerle su capa, tiritaba de frío a la entrada de la ciudad; al no ser suya pues la mitad pertenecía al Imperio, con la espada la sajó en dos porciones entregando su parte, el resto lo reserva por si el Estado lo reclama. Hizo caridad con lo suyo, nadie puede dar aquello que no le pertenece. Convendría echárselo en cara a cuantos entregan sin miramientos el peculio ajeno, gastan o derrochan lo que les corresponde.

Antonio Ávila Chuliá